
El mal entendimiento de la tecnología informática aplicada a la redacción de periódicos - El caso de El País (Madrid)

Dr. José Manuel de Pablos Coello ©

Catedrático de Periodismo - Universidad de La Laguna

jpablos@ull.es

La aparición de la informática en las salas de redacción de los periódicos implantó la realidad incuestionable de la teoría del primer impulso. Por vez primera desde la aparición del impreso periodístico, durante la década de los 80, los redactores de notas de prensa fueron capaces de componer sus trabajos creados ante un monitor luminoso. Al mismo tiempo, los periodistas pudieron trabajar con los textos de agencias de noticias en la pantalla de un sistema informático, cuando ya el papel (1) perdió protagonismo como soporte primigenio y exclusivo de la creación de las noticias de prensa.

Aquella doble implantación de los valores informáticos supuso un cambio revolucionario en los métodos de elaborar los periódicos, como ya nadie pone en duda. En las dos vertientes citadas, redactar, por vez primera, se empezó a confundir con la práctica de componer; ya era lo mismo la mera escritura que la composición tipográfica.

La telemática (2) al servicio de las agencias erradicó otra de las funciones del papel como soporte físico intermedio de la información escrita. El periodista que operaba con noticias de agencia aprendió a despreciar el teletipo (3). O sea, los "telegramas" (4), servidos hasta la mitad de la década de los 80 en papel enrollado, dieron paso a una nueva forma de preparación, en la misma pantalla receptora del servicio de la agencia de prensa.

Una y otra nueva realidad propiciaban de forma patente y sin discusión otra de las grandes novedades de la informática: la teoría del primer impulso, que ya apuntamos antes, y la práctica del tiempo real en la recuperación de los datos almacenados en el nuevo soporte tan ligero como la luz (5).

Ambos aspectos, la nueva configuración y las cualidades del mensaje ya escrito, elaborado o por elaborar, suponía sobre todas las cosas una situación diferente hasta entonces insuperable, como también hemos apuntado: el redactor, sea del propio periódico o de la agencia (6), había ocupado una nueva parcela en el proceso técnico de la publicación de los diarios. Los periodistas, a la vez que redactores, se habían transformado en compositores de textos (7). Sus noticias escritas ya estaban en franquía para recibir los atributos tipográficos establecidos en cada medio impreso. Las noticias, junto al favor del primer impulso y el tiempo real, habían ganado un nuevo parámetro tecnológico: eran noticias (8), pero a su vez eran datos informáticos, noticias ya compuestas, sólo necesitadas de recibir los beneficios de las marcas tipográficas para dejar de ser definitivamente materia prima informática y pasar a ser materia informativa comercializada en las páginas del periódico.

El redactor, por primera vez en la historia del periodismo, ocupó un nuevo nicho laboral que hasta la década de los 80 (9) había sido exclusividad de los linotipistas (10) y de los teclistas o copiadores de los textos de los periodistas. Y ese papel se mantuvo en el tiempo de la transición o intermedio entre la vieja tecnología de la composición con plomo y los primeros ingenios de vida reducida de composición en máquinas electrónicas, alineadas con los primeros lectores ópticos de caracteres; unos y otros fueron un asomo de las posibilidades de la informática aplicada a la elaboración de mejores diarios.

Si el trabajo intermedio entre la creación de los textos y su presentación terminal como materia compuesta o fotocompuesta la hacían los linotipistas, primero, y los teclistas, más tarde, y esa labor de forma casi secundaria la pasaron a hacer los periodistas (11), está muy claro que los empresarios, gerentes y administradores se dieron cuenta de la nueva situación, interpretándola a su manera.

Pronto, en esa línea, se percataron de otra de las maravillas de la informática. Los redactores, aparte de ser creadores o ser preparadores de las noticias de agencia, se habían convertido en componedores de los textos. Además, y eso les parecía lo más importante, hacían esa otra labor de forma gratuita: la nueva tecnología, contemplada desde un diferente punto de vista.

No creo que haya habido periódico alguno que pagara más a sus redactores después del establecimiento de la

informática en las salas de redacción. Los periodistas han empezado a hacer realidad el concepto de primer impulso en sus textos sin recibir algo a cambio. Lo han hecho, además, sin ser conscientes de que dejaban en precario a unos operarios de distinta cualificación que empezaron a ver cómo se limitaban sus posibilidades de trabajo, cómo éste se reducía considerablemente y se acotaba al estrecho marco de operar con textos ajenos a la creación periodística (12). La gran masa de textos informativos pasó a otros dominios y el redactor, también por vez primera, poseyó mayor dominio sobre su trabajo, que permanecerá durante más tiempo bajo su estricto control personal y a su alcance, sin intervenciones ajenas, como sucedía cuando el tiempo del plomo; en aquel tiempo, el autor perdía prácticamente el dominio de su trabajo desde que éste entraba en el laberinto de las salas de composición.

Lo más importante para los administradores y gerentes, impasibles y ajenos a conceptos como control personal de los textos por sus creadores u otras cuestiones de esa índole, era que empezaban a descubrir una bolsa de trabajadores que a su juicio empezaba a ser innecesaria. Por ahí llegaron algunos de los ajustes de personal en diarios que implantaron las nuevas tecnologías emergentes en la mitad de los años 80. O sea, despidos.

No todas las empresas hicieron ajustes. En muchas de ellas se dieron cuenta de que con el mismo personal, en una acomodación de tareas, podrían hacer mayor producción, mayor número de páginas y asegurar la hora buena de salida. Se multiplicaban así las posibilidades de insertar publicidad, al disponer de mayor superficie de páginas; además, el diario se defendía mejor en el mercado, al presentarse con mayor cantidad de planas. Esa facilidad para crear textos compuestos o para recibirlos igualmente digitalizados desde las agencias de prensa originó una gran posibilidad, insistimos, de producir mayor número de páginas útiles para recibir publicidad. Este extremo casó muy bien con el boom publicitario de los últimos años de la década de los 80.

Otras dos cosas también tenían claro los gerentes y empresarios: sobra la mayoría de los teclistas; el trabajo de componer la materia periodística más original y típica ya la hacen los propios periodistas. Esa doble situación iba seguida de otras dos realidades de tipo económico y financiero: una, la fotocomposición de la materia informativa les pasaba a costar prácticamente cero; otra, los verdaderos financieros del cambio tecnológico (13) pasaban a ser los periodistas y el resto del personal que entonces con las nuevas tecnologías producían más por el mismo coste y hasta era posible conseguir esas metas más altas con un número menor de empleados. Era el fenómeno de la multiplicación de los panes y los peces aplicado al periodismo impreso, por medio de la informática y las nuevas ocupaciones de los clásicos redactores en papel.

Había otra realidad. Los redactores escribían en un principio sobre un soporte papel y después sus textos se tenían que copiar, por un linotipista en tiempos del plomo, por un teclista en la tecnología intermedia. Por muy limpio y correcto que escribieran los periodistas, nadie pondría en duda que iban a aparecer erratas tras la intervención de los linotipistas o teclistas. Por eso, estas labores, en plomo o en cuartillas especiales pautadas, tenían que pasar el filtro de una corrección visual y atenta que originaba la calidad aceptable del texto compuesto. De ese modo, en todos los talleres había una serie de operarios que trabajaban por parejas, y eran legendarios herederos de un tiempo donde había un pulcro respeto por la mejor presentación de un texto impreso. Mientras uno -el lector- leía la prueba o galerada, el otro -el atendedor- escuchaba atentamente aquella lectura con una devoción originada en los tiempos aurales de Gutenberg y Aldus Manucius, mientras seguía la continuidad del texto a través del paso de sus ojos por las líneas del escrito original. El atendedor estaba siempre listo para descubrir el gazapo, la errata, la falta ortográfica... y alertar a su compañero; en ese momento, el lector anotaba las correcciones que había que incluir en las pruebas, que después volvería a cotejar, hasta dejar claro que el texto se había limpiado de erratas y errores de cualquier tipo.

De esta manera tan clásica como respetuosa con el texto, esto es, con los lectores del periódico, se realizaba un necesario control de calidad. Las páginas impresas salían más depuradas, sin el lastre de erratas y errores, cuando no simples y graves faltas de ortografía producidas por los creadores del texto.

Cuando la informática llega a las redacciones y el periodista compone, el teclista pierde protagonismo -como ya hemos reflejado- y, junto a labores secundarias ya citadas, se limita a aplicarle los necesarios parámetros tipográficos al texto que se va a publicar, en el nuevo papel de codificador [un rol temporal, en una tecnología intermedia], a no ser que el sistema ya esté preparado para que la labor del redactor incluya esos parámetros o, incluso, el periodista escriba en la propia página en blanco, que a modo de maqueta irá creando. Es el tiempo en el que el periodista casi hace todo, basado en la presencia de las nuevas tecnologías de aplicación al periodismo impreso.

Hasta ese preciso momento -la práctica liquidación de las parejas de correctores- nadie se había planteado algo tan obvio como que los periodistas pudieran no escribir con entera corrección. O, si se prefiere, simplemente con corrección, sin que lo anterior se tome como una generalidad. Aquí, los gerentes y editores se dijeron que, en adelante, si los periodistas eran escritores y lo suyo era escribir, ¿para qué necesitaban que alguien fuera por detrás a corregir unos textos que tenían que ser perfectos?

Los correctores, entonces, fueron los primeros grandes sacrificados por la llegada masiva de los sistemas informáticos a las salas de redacción de los periódicos. Mas, sucedió que los redactores no escribían tan bien como se suponía, según se evidenció cuando se retiró la red de seguridad que suponían los correctores. No dominaban los periodistas, muchos de ellos, el lenguaje como la primera de las tecnologías que han de manejar. No sólo eso. Además, no resultaron ser tan buenos mecanógrafos como era de esperar de profesionales de la escritura. Sobre un primer problema, un segundo, pues. Como consecuencia de tamaño error de la administración de las empresas periodísticas, desde la llegada de la informática y su decidida implantación en los medios, apareció una peor redacción de los textos periodísticos. Lo primero que se ha dicho es que con la informática se redacta peor: no es cierto. Lo que ha sucedido

con la informática es que los periodistas, a pesar de ser de distintas generaciones, escriben igual, con la única diferencia de que ahora no pasan los textos por el tamiz de los correctores profesionales que a principios de los 80 existía todavía en todas las redacciones y en los 90 prácticamente desaparecieron. Ésa es la gran diferencia, mientras la calidad primaria de los textos sigue siendo la misma y no hay datos para estimar lo contrario (14).

Los actuales textos periodísticos los podemos encontrar plagados de erratas. Decimos plagados, no porque se trate de una auténtica plaga, sino porque la mera existencia de erratas, errores y faltas normales en un texto que debería estar limpio al 100% puede considerarse anormal. Una plaga. Siempre se empieza a manifestar de una forma incipiente hasta que se entrona en mayores proporciones, cuando ya se hace más difícil su desaparición. Las plagas se han de erradicar para su eliminación y eso no se entiende que se esté haciendo, al menos hasta que no se establezcan nuevas secciones de corrección, atemperadas con las mayores posibilidades de la informática. Incluso hay medios donde los redactores desconocen la existencia de correctores ortográficos en el sistema de tratamiento de textos con el que trabajan o, lo que es más curioso y peor, tienen expresamente prohibido su empleo, para que escriban bien y no se acostumbren a lo fácil, como he escuchado decir en cierta redacción.

Mientras tanto, esa plaga tiene diferentes matices:

- las faltas de ortografía.
- las erratas mecanográficas.
- los problemas de sintaxis y puntuación.
- los errores de concepto o conocimiento del redactor.
- la mala aplicación de parámetros tipográficos.
- la innecesaria repetición de palabras.
- el uso de voces con significado diferente al verdadero.
- la inconexión entre título y texto.
- los deslices en el contenido de la información.
- mismas palabras, con grafía diferente.
- igual información, pero con detalles contradictorios.

Este problema tan variado no se había dado hasta la era informática. La penosa realidad nos asegura algo bastante cierto: lo que escribe el redactor o redactora es lo que va a salir impreso en el periódico. Los jefes de sección o redactores jefes, responsables directos de la calidad del contenido de las páginas, lejos de leerlas se transforman en simples facturadores de planas hacia el último proceso de la preimpresión. Se limitan a leer los titulares, algunos, y su única preocupación se ha quedado limitada a cumplir con los horarios de entrega de material a los talleres de montaje de páginas, con la misma filosofía del antiguo fogonero del tren que no podía dejar de alimentar la caldera, para que el ferrocarril pudiera seguir su marcha y no se detuviera. Pero, si todo el carbón servía para alimentar la caldera, en el periodismo está sucediendo que estamos enviando diferentes calidades de carbón, con un resultado de evidente falta de calidad tantas veces, y van a ser los grandes periódicos nacionales donde este tipo de nuevo problema será más evidente. La falta de calidad es patente y el lector, que siempre es menos tonto de lo que cree la generalidad de los periodistas, se percata de la nueva situación y la denuncia en ocasiones.

EL CASO DE "EL PAÍS" MADRILEÑO

Veamos algunos de estos problemas en el diario estudiado, el periódico madrileño El País, diario considerado de calidad (15) y de referencia (16):

Falta de ortografía - El País - 14 de junio de 1995, página 1ª del cuadernillo "Madrid", en una llamada de portada que se titula "Los libros de la base de Torrejón llegan a Alcalá".

* en la 5ª línea leemos Torrejón de Ardóz. Es evidente que el redactor que puso tilde a Ardoz desconoce la norma elemental que señala que las palabras acentuadas en la última sílaba, las agudas, llevarán tilde solamente si acaban en n, s o vocal, que no es el caso de Ardoz.

[Evidentemente, un corrector de un diario de Madrid no hubiera dejado escapar esta falta de ortografía y la hubiera corregido sobre la marcha. Además, al tratarse de una llamada de una noticia que va ampliada en el interior, se hubiera preocupado de acudir a la página 9 del cuadernillo, y se hubiera ocupado de verificar si cada vez que aparece Ardoz en esa página 9 lo hace con acento gráfico. También puede darse el caso que en el interior Ardoz esté

correctamente escrito y que el problema se encuentre en el responsable de preparar la portadilla del cuadernillo y dentro no haya, en tal caso, problema con este acento. También es evidente que al hablarse de Torrejón de Ardoz en un diario de Madrid ese periódico se leerá en Torrejón, con lo cual se origina una franca crítica muy directa de los vecinos de Torrejón, quienes van a lamentar que el gran diario de referencia y prensa de calidad no sepa cómo se escribe su pueblo].

Errata - El País - 14 de junio de 1995, en la 6ª línea de la misma nota -que sólo tiene 12 líneas a 1 columna- encontramos "apsod a formar", para querer decir "pasado a formar". Es el típico problema de escribir con prisas, tantas como para no disponer de un minuto para releer lo que se acaba de escribir: es un caso típico del "todo vale".

[Estamos ante un problema que a veces se da en los diarios, el de la prisa de los responsables de una página o sección, que alteran o escriben mal una palabra simple y no tienen tiempo, estresados que están, cogidos por el tiempo y contra el reloj del cierre, de forma que dejan pasar estos lapsus. Pero, antes, en el tiempo de los correctores clásicos, éstos trabajaban tranquilamente sin carreras, sabedores de que las prisas son malas compañeras de la redacción. Siempre levantaban este tipo de lapsus en la escritura. Lapsus que no pueden menos que dar la impresión de ausencia de respeto debido al lector, de hacer las cosas mal. Pero, ¿el periódico de referencia, el de mayores ventas, el número 1 de información general, El País, no tiene medios para evitar esta mala imagen que va a dañar la estampa de tratarse de un diario de calidad].

Falta de estilo en la tipografía - El País - 14 de junio de 1995, página 39 / La Cultura: en la noticia que aparece titulada a 1 col, "El Reina Sofía saca de sus fondos 100 dibujos de Julio González", encontramos:

* en el último párrafo, 8ª línea: "La mano, de 1941...". O sea, un título de obra (en este caso, pictórica) que ha de ir en cursivas, pero vemos que la primera y la cuarta letra aparecen en estilo normal, mientras las letras 2ª, 3ª, 5ª y 6ª aparecen en cursivas: en lugar de *La mano*, *La Mano*.

[Igualmente evidente, parece que estemos ante un fallo del sistema, porque parece difícil de creer que quien aplicara el estilo cursiva al título de la obra se detuviera a cambiarlo en la a de mano o volviera a él en la n de mano. Fuera como fuere, lo cierto es que el corrector hubiera advertido el problema y lo hubiera solventado antes de que llegara a las manos del lector].

Repetición innecesaria de palabras - El País - 14 de junio de 1995, página 32 / Sociedad: En la noticia titulada "Rechazada una petición del PP para que los bares no paguen derechos de autor", encontramos en el tercer párrafo el siguiente texto: "La Sociedad General de Autores (SGAE) reclama mensualmente a bares y restaurantes un canon de 1.600 pesetas mensuales. Los empresarios...".

[No estamos ante la mera repetición de conceptos, siempre evitables cuando disponemos de sinónimos, sino ante la repetición innecesaria del mismo concepto: si una cantidad se reclama mensualmente, ésa será mensual, de ahí que no sea preciso volverlo a repetir. Es éste otro de los casos típicos en los que el lector y el atendedor van a ser capaces de solventar el problema. Además, estos profesionales especialistas en corrección llegarán a conocer las virtudes y defectos de los creadores de texto de su ámbito laboral, lo que sería otro de los valores añadidos a su función en el diario, que fortalecería su labor de actuar como red de protección a la calidad del texto publicado, a partir del texto redactado].

Hemos visto unos pocos tipos de muestras de la mala calidad de redacción en las páginas del diario madrileño El País, su falta de cuidado en la preparación del producto puesto en el mercado. A esos pocos ejemplos se les podría añadir otros muchos que hubieran sido captados por los correctores. Hay dos niveles del texto, que hemos indicado de pasada: el texto redactado y el texto publicado. En tiempos de los correctores, el primer texto, una vez pulido y abrigado, pasaba a ser el segundo. En la actualidad, con la errónea eliminación de los correctores, el texto redactado es el texto publicado, con todos los problemas que esto supone.

El primero de los problemas es que los lectores lo captan. Si al principio lo aceptan y lo disculpan, llegará un momento en el que se rebelan contra tanta falta de respeto, porque publicar un diario plagado de erratas y faltas no es otra cosa que una falta de respeto a los lectores, a la par que una medida de tipo económico, al suponer una rebaja de los gastos de explotación, que a medio plazo se virará contra la imagen del diario, con un coste superior a los gastos evitados.

Los lectores se rebelan y un día proclaman esa rebelión. En el caso que nos ocupa, se dirigen al propio periódico, a la figura del defensor del lector. De ese modo, encontramos el domingo 26 de marzo de 1995 que el artículo de Juan Arias, defensor del lector, se titula "¿Cómo se explican tantos errores de ortografía?". El primero de los párrafos, que corrobora lo que acabamos de decir, dice lo que sigue (el subrayado es nuestro):

«No pasa día en que algún lector, de cualquier rincón de España, no escriba o llame por teléfono al Defensor del Lector para quejarse -a veces con amargura, a veces con manifiesta irritación- por el incremento que, semana tras semana, advierte de los llamados "errores ortográficos" o "gramaticales" aparecidos en las diversas secciones del diario, pero sobre todo en los artículos de información».

La declaración de principio del defensor del lector resume todo lo que habíamos dicho hasta aquí. Si esto sucede en el diario de información diaria de mayor circulación, es fácil transferir este problema al resto de los periódicos cuyas empresas han tomado la misma decisión equivocada.

Juan Arias es más explícito todavía, ya desde el segundo párrafo:

«El Defensor ha echado la cuenta y, en estos cinco meses de su tarea, sin duda más del 50% de las quejas de los lectores se refieren a este aspecto del diario, junto con los errores encontrados en los pies de foto y las equivocaciones en la transcripción o traducción de palabras y nombres extranjeros».

Tras señalar que responde personalmente por carta cada queja y reproducir algunos de los comentarios de los sufridos lectores, uno de los cuales desconoce la teoría del primer impulso y cree que los textos del redactor son transcritos por una tercera persona o compuestos por algún operario (17), Arias ilumina todo lo que nosotros hemos dicho hasta el presente, con este texto que tendría que avergonzar a cualquier directivo de El País, desde el señor Polanco hasta los jefes de sección:

«En general, los lectores insisten en una serie de preguntas que podrían resumirse así: ¿Quién es el responsable último de que un diario con el peso y el rigor de EL PAIS no consiga resolver un problema que ya había sido abordado por los anteriores Defensores del Lector?; ¿es posible que con la tecnología avanzada de hoy un diario no cuente con un corrector de textos que evite por lo menos erratas que avergonzarían a un niño de escuela, como "andaron", "manteniéndolo", "esperándolo", "despejándolo", "incurriéndolo", "apuntándolo", en apenas 40 líneas de un mismo artículo?; ¿cómo se explica que algunos errores, a veces garrafales, aparezcan en diversas ediciones?; ¿cómo funcionan los mecanismos de un diario, y de un diario líder como EL PAIS, usado internacionalmente en escuelas de idiomas y en universidades como material didáctico?; ¿es que no cuentan con un equipo de corrección como tienen otros importantes diarios europeos?; ¿que está haciendo concretamente la dirección del diario para dar respuesta a estas quejas?».

La lista de preguntas son verdaderamente impresionantes y no casan en modo alguno con la supuesta prensa de calidad a la que se desea apuntar el periódico estudiado. Así de simple. Esa relación de problemas tan graves son presentados al director del medio, quien se ve en el compromiso de responder para intentar capear el ridículo del diario, el ridículo al que lo somete el defensor del lector, los lectores. La respuesta de quienes -insiste- se manifiestan seriamente preocupados por el aumento de errores ortográficos que aparecen en nuestras páginas no tiene desperdicio:

«Antes que nada, no puedo menos que pedir disculpas a nuestros lectores por el irritante número de erratas que contiene el periódico. Puestos a buscar explicaciones, y aunque suene a sermón ya sabido, como dicen algunos lectores, no deja de ser cierto que la urgencia en el proceso de producción contribuye a aumentar los errores. EL PAIS tiene un servicio de corrección por el que deben pasar todos los artículos que se producen con cierta antelación (opinión, cartas), así como los editoriales y la primera página. Creo que en estas zonas del periódico hemos conseguido un nivel razonable. Es en las informaciones del día, y sobre todo en las de última hora, donde los sistemas internos de control y edición no funcionan adecuadamente. Estamos estudiando la posible implantación de un sistema de autocorrección que, junto con el retraso en la hora del cierre del periódico, debe permitir una mejoría notable. Es una batalla que no doy por perdida y en la que también está empeñada la Redacción, aunque a veces el resultado entiendo que puede resultar desesperante para muchos lectores».

El texto del máximo responsable en 1995 de la redacción de El País, su segundo director, Estefanía, nos informa de varias cuestiones: hay, en efecto, una sección de corrección, pero está reducida a los textos de opinión y primera página; en el resto del periódico se da el efecto texto redactado = texto publicado, con los problemas de imagen que tan claramente vemos en El País. Además, que en 1995 nos hablen desde la dirección de El País del proyecto de instalar una tecnología tan simple como establecida de los correctores informáticos no sirve sino para subrayar el desinterés o desprecio por el mejor sistema de corrección jamás visto. Hablamos de las parejas lector - atendedor, que en El País sólo funcionan con textos de opinión, si son adelantados, y la primera página. Pero, a pesar de lo mantenido por el director del periódico en 1995, también en la primera página y en los editoriales aparecen diversos tipos de errores no admisibles. Un par de casos.

* En la edición del día 31 de diciembre de 1995, en la página de editoriales encontramos tres errores de este tipo:

- en el editorial "96, año crucial": 'interpetación' por 'interpretación' (1ª columna); 'son del tal envergadura' por 'son de tal envergadura' (1ª col.) y 'estén obligados' por 'estén obligados' (2ª col.).

* En la primera página del día del sábado 14 de febrero de 1998:

- en una nota sobre la liberación de presos cubanos, leemos 'Van ser más de 200', en lugar de 'Van a ser más de 200'.

Es cierto que los programas de tratamiento de texto personales, tipo WordStar, WordPerfect, o Word como otros más antiguos [Easy Writer, de IBM], o de maquetación de páginas [PageMaker], disponen de correctores ortográficos, extremo que no se encuentra en todos los sistemas editoriales de tipo industrial. En los diarios donde este asunto es verdadero motivo de preocupación, hace ya años que los han incorporado, sin llegar al caos de que la mitad de las quejas de los lectores sean por este motivo. Así, en El Periódico de Catalunya, en 1989 (18) se estableció uno de

estos diccionarios correctores; Mario Santinoli (19) llegó a hablar de originar varios diccionarios correctores, especializados por secciones, de forma que los redactores de deportes operaran con un corrector automático con diferente banco de palabras al disponible para los de información internacional o local, que siempre van a disponer de voces comunes, sí, pero también muchas otras particularidades, según el tipo de información de cada sección.

La respuesta, en suma, del director de El País de marzo de 1995 no logró salvar al diario del ridículo establecido por la ausencia de los correctores, únicos capaces de evitar el diario bochorno de un rotativo de calidad sumergido en la basura de una mala redacción, en una situación que va para largo. Veán, si no, el titular de la misma sección de defensa del lector de tres meses más tarde, el 11 de junio de 1995: "Los lectores observan falta de sensibilidad y de calidad", y de uno de quienes critica en esa nueva tanda llega a decir: «lo que él llama «una baja de calidad en el periódico» que lleva a acometer errores "incluso en los editoriales". Y comentó -seguimos al defensor del lector- el gazapo en un editorial confundiendo a "Rojo" con "Rubio", o la afirmación de la ausencia de José María Aznar en la recepción ofrecida por los Reyes el domingo pasado; deslices de los que, por cierto, el periódico publicó sendos "fe de errores"».

Más abajo, el defensor del lector reproduce otros problemas fáciles de captar por un corrector avezado y profesional, del tipo que en la lista de vicios calificamos como

- la inconexión entre título y texto y
- los deslices en el contenido de la información.

Lo refleja así el defensor del lector:

«Otro lector de Madrid, a propósito de la "calidad" que exigen a este diario, envía la necrológica del pasado día 2 (de junio de 1995) en la que se dice que el bailarín danés Henning Kronstam murió a los "59 años" y dos líneas más abajo se afirma que había nacido "en 1934" [tenía, pues, 61 años y no 59]. Poco después [sigue el mismo lector] en el título de un ladillo se dice: Juan Ramón Chaves, político uruguayo", y en la entradilla se afirma inmediatamente después: "El político y diplomático paraguayo...". Y comenta el lector: "¿Pero es que nadie se relee los textos?».

[Queremos considerar como chiste o anécdota la carta del defensor del lector titulada "Provocación lingüística", del 14 de mayo de 1995, en la que se proponía, desde la prepotencia del periódico todopoderoso, alteraciones sustanciales en la forma de redactar en castellano, según sugerencia de un lector ("funcionario de un banco español"), con una ligereza que rayaba en lo patético. Y acababa con la apertura de un debate (?): «La provocación queda lanzada, y el debate, abierto. Nos gustaría que los lectores dieran su opinión contrastando o apoyado dicha propuesta». Lo dicho, un chiste, que no merece más espacio aquí.]

Podíamos alargar este aspecto de las quejas de lectores y de casos y casos de erratas y errores del más variado tipo de pelaje. Nos aburriríamos.

Las conclusiones a las que podemos llegar, visto el origen y trayectoria del problema estudiado, son las siguientes:

1º.- La llegada de la informática a las salas de redacción de los periódicos hizo posible por vez primera que el texto redactado fuera el texto publicado, de acuerdo con la teoría y la práctica del primer impulso.

2º.- Esa situación hizo ver a numerosos empresarios o administradores de negocios de prensa que podían reducir gastos de explotación con la liquidación de las secciones de corrección, con lo que aligeraron la nómina de sus talleres.

3º.- La eliminación de las secciones de corrección o su reducción a pequeños aspectos del periódico -como la publicidad o textos adelantados- ha originado una sensible pérdida de calidad en el producto impreso puesto en el mercado.

4º.- Los redactores periodistas, por razones de prisas o de la mediocre calidad de su redacción, no garantizan la calidad mínima aceptable que es de suponer a un periódico impreso, indiscutiblemente considerado de calidad o de referencia, al menos en sus mejores años. [¿Estamos acaso ante un período de decadencia?]

5º.- Los lectores se dan exactamente cuenta de la pérdida de calidad del contenido de un periódico, como de la orientación que da a su línea informativa.

6º.- Hay un umbral en ese proceso de pérdida de calidad superado el cual los lectores se irritan ante esa nueva situación emergente y se dirigen al diario con sus quejas y observaciones.

7º.- El nuevo estado de cosas, con serio daño para la imagen del diario, no tiene arreglo con las buenas intenciones manifestadas por el director o directivos del periódico.

8º.- El problema no queda resuelto con el pueril y único proyecto de establecer correctores automáticos, por dos razones obvias: 1ª) Siempre habrá periodistas - dioses indispuestos a pasar su texto por un diccionario corrector automático, y 2ª) El corrector ortográfico no corrige al 100% texto alguno, pues soslaya palabras bien escritas pero mal

colocadas en el texto o palabras bien escritas, pero de forma incorrecta en ese preciso lugar (haya, aya; echo, hecho; habría, abría, etc.).

9º.- Que periódicos editados por empresas económicamente muy potentes tengan planteado este problema durante años sólo se puede interpretar como una simple falta de respeto a sus lectores.

10º.- Mientras más tiempo se deje pasar sin una sección de corrección desplegada para todo el periódico, con lectores y atendedores según la idea clásica, más costará resolver el problema, porque la única solución pasa por el restablecimiento de los lectores y atendedores, ya que siempre será más barato para la empresa que los lectores que hagan las críticas sean de nuestro personal y, lejos de limitarse a hacer las críticas, se dediquen a hacer las correcciones oportunas. De esta forma se reducirían los pequeños sueltos titulados "Fe de errores".

* Como conclusión mayor, tenemos que los valores de una nueva tecnología de la información -en este caso, el tratamiento de textos, la teoría y la práctica del primer impulso- se han malinterpretado por quienes deberían limitarse a ser gestores del producto final, sin intervenir en el proceso productivo. Esto es así, hasta el punto -de difícil retroceso- de estar originando una peligrosa cultura nueva del producto impreso con peor calidad, a medida que se empobrece la presentación gráfica del mensaje informativo, con el peligro de ahuyentar a los lectores del diario, que parece que cada vez van a ser menos. Este fenómeno se acelerará si esos equivocados gestores del periódico no corrigen a tiempo el grave error de su mala interpretación de la teoría del primer impulso, que les aconsejó cometer la torpe decisión de erradicar las secciones de corrección de los diarios.

Notas

1 El papel fue soporte primero y último de la información impresa desde la Edad Media, desde la llegada del soporte papel desde China. Hoy, en el periódico, el papel sigue siendo soporte final, pero ya no es el primero. Incluso como soporte final ha perdido parte del protagonismo: la impresión se sigue haciendo en papel, pero los modernos periódicos o revistas electrónicas que encontramos en Internet no son otra cosa que una advertencia sobre el final del papel como soporte exclusivo del material impreso. De hecho, ya en las hemerotecas no hay necesidad de guardar la prensa exclusivamente en papel, pues parte de ésta se puede sacrificar en favor de los discos compactos, avanzadilla del final de la era del papel.

2 Fantástica realidad de las transmisiones informáticas, en voz acuñada por el español Luis Arroyo, en 1977, en la revista Novática, citado en la página 200 del libro del mismo autor "Del bit a la telemática (Introducción a los ordenadores)". Ed. Alhambra Informática, 1987. ISBN: 84-205-0759-8.

3 Su filosofía y su práctica.

4 Que hacía tiempo ni siquiera eran tales.

5 Interesados en esta cuestión, ver José Manuel de Pablos (1993): "Del plomo a la luz". Col. La Quinta Columna, Ediciones Idea & Centro de la Cultura, La Laguna, 192 pp. ISBN: 84-7926-134-X.

6 En su redacción central o en la periferia de sus delegaciones o corresponsalías.

7 Los llamaremos compositores, para diferenciarlos de los componedores, que serían los tradicionales operarios encargados de dar carácter tipográfico al texto a publicar, en las linotipias, ante los teclados de máquinas de tecnología intermedia o meros teclistas ante un monitor luminoso actual. Los primeros componen, sí, pero a la vez crean u originan texto.

8 Como siempre lo habían sido, de adaptarse a las características de tales.

9 La de los 80 fue la gran década de la implantación informática en la prensa: se vulgarizó la fotocomposición, se estableció la maquetación en pantalla, surgieron tecnologías favorecedoras de la infografía (es el caso del entorno Apple), aparecieron fantásticos programas (PageMaker, FreeHand e Illustration son tres ejemplos), se conocieron los exploradores de imágenes y de texto de sobremesa y se inició el proceso de transmitir telemáticamente los ficheros informáticos con contenido periodístico, textos sueltos y textos metidos en páginas. Fue la de los 80 una década prodigiosa en la aparición de nuevas tecnologías de la información en periodismo impreso. Todo apareció en los 80. Después, en los 90, llegó la tecnología de las páginas web con los hipertextos, enlaces y marcadores y todo volvió a ser diferente.

10 En un tiempo ya histórico y fenecido.

11 Con cierto rechazo y polémica en algunos diarios, donde algunos directores rechazaron al principio que el redactor se ocupara de cosas diferentes a las tareas propiamente suyas, como son las de buscar y redactar noticias.

12 Como eran los artículos de colaboración, las cartas de los lectores, los textos de publicidad y de gacetillas y poco más.

13 Ayudas oficiales aparte, desaparecidas en los 90.

14 La mejor prueba de que la situación en origen es la misma de siempre se contempla en la calidad de algunos de los alumnos que acceden a estudios universitarios, donde con frecuencia de encuentra el profesor textos con faltas graves.

15 Ver "Estefanía defiende el ejemplo de El País como prensa de calidad" (El País, 14 de enero de 1995, página 22 / Sociedad).

16 Ver "El País, o la referencia dominante", de Gerad Imbert y José Vidal Beneyto. Editorial Mitre; Barcelona, 1986. ISBN: 84-7652-016-6.

17 Figuras ya inexistentes.

18 Según información recogida en la propia redacción, durante una visita de trabajo.

19 Mario Santinoli es el director técnico de la empresa editora de El Periódico de Catalunya.

Trabajo presentado al Congreso

"La lengua y los medios de comunicación: oralidad, escritura, imagen"

Facultad de Ciencias de la Información

Universidad Complutense de Madrid, 25 - 29 de marzo de 1996

[\[LATINA - 1 - enero 98\]](#) [\[LATINA - 2 - febrero 98\]](#) [\[LATINA -3 - marzo 98\]](#)

[\[Volver a la página principal\]](#)